

LA ORATORIA SAGRADA COMO ARMA POLÍTICA: LOS PREDICADORES REALES DE JUAN JOSÉ DE AUSTRIA

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA PÉREZ
Universitat de les Illes Balears

RESUMEN. Este artículo pretende estudiar la figura de Juan José de Austria así como la importancia que jugó el púlpito de la Real Capilla en su progresivo camino hacia el poder. A lo largo de estas líneas, se analizará el papel que tuvieron los predicadores reales tanto en su defensa incondicional del príncipe bastardo como en su condena durante los momentos más difíciles de la regencia y, posteriormente, a lo largo de los dos años del ministerio de Juan de Austria.

Palabras clave: predicadores reales, Juan de Austria, Carlos II, regencia, Real Capilla.

ABSTRACT. This article pursues the study of the figure of Juan José de Austria and the importance that played the pulpit of the Royal Chapel in its progressive way to the power. Along these lines, we will analyze the role played by the real preachers both in their unconditional defense of the bastard prince and their condemnation during the most difficult moments of the regency and, later, throughout the two years of the ministry of Juan of Austria.

Keywords: royal preachers, Juan de Austria, Charles II, regency, Royal Chapel.

1. Introducción

La historia de las mentalidades ha proliferado mucho durante los últimos años. En este sentido, el estudio de los sermones se presenta indispensable para adentrarnos en las formas de pensamiento propias de la Edad Moderna (Cerdán, 1996, p. 24).

Pero más importantes fueron los sermones para aquella sociedad del siglo XVII, sacralizada, piadosa y tan imbuida del espíritu barroco, especialmente en la Corte de los Austrias. Los estudios del historiador Fernando Negredo muestran ya el papel activo que jugó la oratoria sagrada que se predicaba en la Real Capilla y su profunda vinculación con la alta política (Negredo del Cerro, 2006, p. 39). Por supuesto, el reinado de Carlos II no disminuyó esta tendencia de intromisión de los predicadores reales en el juego de facciones (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 100). En ocasiones, el púlpito regio degeneraba en un auténtico puente de combate, en el que se enarbolaban banderas de batalla en forma de sermones (Martínez Gil, 2011, p. 307).

Aunque siempre hubo predicadores reales que se mantuvieron dentro de los estrictos márgenes de su misión pastoral, muchos otros terminaron participando del intrincado juego de la política y convirtieron los sermones en sus armas más efectivas para articular un discurso con el que legitimar o criticar unas directrices de gobierno, exaltar las virtudes del monarca o, en ocasiones, censurar las actitudes o modo de proceder de una figura concreta. Es por esto por lo que distintos personajes cercanos al trono intentaron de diversos modos hacerse con el control de la Real Capilla y, en definitiva, vigilar el discurso que se predicaba en ella. Bajo el gobierno del conde duque de Olivares, por ejemplo, el púlpito regio sufrió un descarado proceso de instrumentalización política (Negredo del Cerro, 2012, p. 112). Y del mismo modo, don Luis de Haro se valió también de su privilegiada posición para introducir a sus propios familiares y clientes en la Real Capilla (Sánchez Belén, 2016, p. 219). Estas dinámicas llegaron prácticamente intactas hasta la convulsa regencia de Carlos II, pero la fragilidad política de los nuevos validos de la reina Mariana de Austria y el choque de facciones en la Corte originaron una auténtica batalla dialéctica en el púlpito de la capilla palatina, que quizás alcanzó niveles antaño desconocidos. Por supuesto, hubo muchas referencias en los sermones reservadas a don Juan José de Austria (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 103).

Sin lugar a dudas, el príncipe don Juan ha despertado la fascinación general durante siglos. Si para la historiografía centrada en el reinado de Carlos II este personaje ha generado opiniones muy diversas, sus contemporáneos no se posicionaron menos. De hecho, los predicadores reales también se vieron afectados por su estela y trayectoria política y militar. Hasta su inesperada muerte en 1679, el bastardo regio fue el centro de un eterno debate que dividió a los predicadores de la Corte de Carlos II, con las figuras de fray Manuel de Guerra y Ribera y el jesuita Juan Rodríguez Coronel como sus abanderados defensor y detractor respectivamente.

Con su sombra siempre revoloteando sobre la regencia de Mariana de Austria, y convertido en primer ministro de la monarquía en 1677, Juan de Austria acarició los peldaños más elevados del poder. De tal modo que se convirtió en foco privilegiado

de la «opinión pública». El programa reformista que implantó hasta su muerte, encaminado a regenerar todos los ámbitos de la monarquía de su hermano Carlos II, fue blanco de las críticas y motivo de alabanzas, sin que hoy en día se haya llegado a ningún tipo de acuerdo (Kalnein, 2001, p. 437). Pero lo que es seguro es que el príncipe se atrajo a un cuerpo de predicadores que se convirtieron, de hecho, en su mejor plataforma propagandística. Si bien algunos aprovecharon aquella coyuntura para ensalzar a aquel que podía asegurar su carrera dentro de la Corte, otros arriesgaron más que su título de predicador para apoyarle incondicionalmente incluso cuando cualquier tipo de intervención en la política parecía verse frustrado.

En lo que a este artículo se refiere, se planteará un estudio biográfico del príncipe Juan de Austria desde los inicios de la regencia de Carlos II, especialmente en relación con su imagen pública, y más concretamente en lo que concierne a la oratoria sagrada de su tiempo. De tal modo que, conforme se analice el progresivo acercamiento de Juan José hacia el poder, sus conflictos con la regente doña Mariana de Austria y sus años como primer ministro, se tendrá especial consideración hacia las voces que, desde el púlpito, alabaron y criticaron su persona y gobierno. Partiendo de aquellos predicadores que se declararon fieles a su causa, con fray Manuel de Guerra y Ribera como máxima representación de este partido, se dará igual significación al grupo de predicadores que cargaron sus sermones de críticas —veladas o directas— hacia el príncipe bastardo. Así pues, lo que aquí se pretende es poner relevancia a la importancia que la «opinión pública», y más especialmente la oratoria que se predicaba en la Real Capilla de Carlos II, jugó en los agitados acontecimientos políticos que tuvieron lugar durante el último tercio del siglo XVII.

De cara al análisis de su imagen pública, una de las fuentes principales son los sermones conservados actualmente, que fueron predicados en la Real Capilla de Carlos II. La convulsa situación que se vivió durante los primeros años de aquel reinado, especialmente entre la privanza de Fernando de Valenzuela y la subida al poder de Juan de Austria, tuvo también su reflejo en el púlpito regio. Por supuesto, nuestro conocimiento de la instrumentalización política de la oratoria sagrada es limitado, pues en la mayoría de las ocasiones únicamente contamos con sermones que finalmente fueron impresos o también que quedaron recogidos en otros manuscritos por su trascendencia. Además, estos sermones no pueden ofrecernos una imagen clara de la entonación del mensaje, la transmisión del mismo y la reacción entre los oyentes, así que, muchas veces, solo podemos especular. Asimismo, nuestra percepción del contenido del discurso, obviamente, no es la misma que la de aquellos que lo escucharon, por lo que las posibles referencias y alusiones puedan ser, a menudo, relativamente crípticas. Pero si algo es seguro es que la figura de Juan de Austria, como se verá más adelante, no fue ajena a lo que el profesor Álvarez-Ossorio Alvariño llamó la «batalla de los pulpitos» (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 105).

En el caso de los oradores más afectos a los intereses de don Juan, conocemos algunos nombres, aunque es muy probable que hubiese más. Su rastreo ha sido posible, la mayoría de las veces, gracias a que varios de sus sermones fueron impresos en 1677, coincidiendo con la llegada de Juan José de Austria, por lo que sus temáticas, a menudo, estaban íntimamente conectadas con el príncipe y sus políticas. El sermulario de predicadores como fray Manuel de Guerra y Ribera, fray Francisco Rubio o Juan Benítez Montero constituye una fuente importantísima para conocer uno de los prismas de visión que se tenían sobre el régimen y la misma figura de don Juan¹. Buena parte de estos sermones, por no decir todos, empiezan con una dedicatoria directa al príncipe y su contenido ofrece continuamente referencias veladas que le comparan con algunos personajes bíblicos muy amados por el público o, en ocasiones, pasajes que le mencionan directamente y se convierten en un auténtico panegírico.

Por otro lado, entre los mayores difamadores de Juan de Austria, el predicador jesuita Juan Rodríguez Coronel se valió de su influencia en el púlpito regio para denigrar públicamente su imagen. Actualmente contamos con un número importante de sus sermones impresos en un único volumen en 1694, lo que nos permite contemplar la evolución de su oratoria y más especialmente la visión de un sector de predicadores reales desafecto al príncipe bastardo. Rodríguez Coronel fue, sin lugar a dudas, uno de los predicadores más comprometidos con la reina madre y su gobierno. Los sermones predicados entre 1670 y 1677 ofrecen, en su mayoría, una doble referencia: por un lado, el predicador jesuita no disfraza sus alabanzas a doña Mariana, a menudo comparando su difícil situación con los padecimientos de la misma Virgen. Al mismo tiempo, también hace alusiones a don Juan, aunque es cierto que durante aquellos años estas se lanzaron de forma velada, especialmente mediante insinuaciones o también recuperando personajes bíblicos impopulares².

Finalmente, otra de las fuentes imprescindibles para el estudio de la figura de Juan José de Austria y sus conexiones con la Real Capilla son los innumerables panfletos o textos satíricos que se vertieron contra el príncipe. Muchos de ellos anónimos, suponen el reflejo de una visión social concreta. Aunque debe tenerse presente la parcialidad de los mismos, es preciso no pasar por alto su enorme interés como fuente, pues durante el reinado de Carlos II proliferó su publicación (Gómez-Centurión Jiménez, 1983, p. 13). De cara a este estudio, la utilización de estos textos satíricos estriba en el valor que aportan sobre la imagen que tuvieron de don Juan sus mismos contemporáneos. Principalmente porque, mientras el sermón se configura como una herramienta propia de una «cultura de élites» (Negredo del Cerro, 2006,

¹ Véase Guerra y Ribera, 1677; Rubio, 1677; Rubio, 1678; Montero, 1677.

² Véase Rodríguez Coronel, 1694.

p. 266) y su predicación se reduce a un público muy concreto y privilegiado, estos pliegos y pasquines de fácil proliferación entre el pueblo llano muestran la visión propia de una «cultura popular», complementaria y crucial para comprender no solo la evolución política de Juan de Austria, sino su propia imagen pública.

2. La figura de Juan José de Austria y la oratoria sagrada durante la regencia

Para cuando el rey Felipe IV murió, su hijo bastardo era ya un hombre experimentado, que había conocido los distintos frentes de la monarquía de su padre —y ahora de su hermanastro—. Encarnando una imagen de príncipe guerrero y a la vez modelo cortesano, Juan de Austria despertaba admiración y odio a partes iguales (Contreras, 2003, p. 51). A menudo exhibía una robustez que contrastaba con la de sus hermanos regios, muertos uno detrás de otro hasta quedar únicamente el frágil rey niño Carlos II. Además, su participación en los grandes escenarios bélicos de la monarquía le dotó de un aura heroica que fascinaba al pueblo de Madrid, que alababa públicamente sus gestas: «publicase dedicado/ en un epítome breve/ al ídolo de la plebe/ al príncipe más amado/al capitán esforzado»³. De hecho, aunque cosechó algunos fracasos militares que ensombrecieron su prometedor carrera, Juan de Austria fue ganando fama, hasta el punto de que muchas veces se le comparaba con el bastardo regio del emperador Carlos V, otro Juan de Austria.

Si algo caracterizó a Juan José a lo largo de su vida fue una innata ambición. Su empeño por servir a su padre se había visto recompensado con su legitimación oficial y un protocolario tratamiento que reforzase su presencia en la Corte (Trápaga Monchet, 2015, p. 101). En 1647, se estableció punto por punto el modo en que debía ser tratado por príncipes de sangre, grandes de España, altos dignatarios y embajadores, además de miembros de la jerarquía eclesiástica⁴. En distintas ocasiones actuó como representante del rey, lo cual repercutió en un engrandecimiento de su persona (Kalnein, 2001, p. 105). De hecho, durante su entrada oficial a la ciudad de Barcelona en 1652, tras la rebelión de la década anterior, las autoridades se ocuparon mucho en adularle y agasajarle como si de un infante real se tratase: «con la reverencia, sumisión y obsequio debido a la grandeza de V. Alteza, humildemente se postra a sus Reales Pies para explicar el visto pesar y arrepentimiento grande que dicha Ciudad tiene»⁵. Sus gestas en el sur de Italia, así como su intervención en Flandes, únicamente le otorgaron mayores ansias de grandeza (Lynch, 1992, p. 321).

³ Biblioteca Nacional de España (en adelante BNE), ms. 18211, f. 177.

⁴ Véase BNE, ms. 11027.

⁵ BNE, VC/107/27.

Estas proezas no fueron del agrado de todos en la Corte. De hecho, eran muchos los que aborrecían a este hijo bastardo del rey. En especial, la segunda esposa de Felipe IV, Mariana de Austria, sentía un especial recelo hacia él. Conforme su esposo se hacía mayor, la desconfianza de la reina y su círculo privado aumentaba, principalmente dada la dificultad de la consorte regia por concebir un heredero superviviente. Finalmente, esta misma suspicacia hizo mella en el anciano rey. En efecto, Felipe IV llegó a temer un futuro intrusismo del príncipe en la alta política, especialmente cuando constató apesadumbrado que la corona iba a recaer en un rey enfermizo y muy pequeño, que estaba sostenido por su esposa como regente y una Junta de gobierno. Es por esto por lo que, poco antes de morir, Felipe IV estableció un testamento que marginaba a don Juan de los asuntos políticos, lo cual frustró las ambiciones del príncipe (Kalnein, 2001, p. 110).

Los primeros años de la regencia prácticamente no hubo voces que desde el púlpito ensalzaran a Juan de Austria. Décadas atrás, la corona había iniciado una audaz intromisión en la elección de los predicadores que entraban en plantilla. El mismo conde duque de Olivares supervisó a los candidatos, en un intento por evitar que desde el púlpito regio se lanzasen feroces críticas contra una monarquía que no pasaba por sus mejores momentos (Negredo del Cerro, 2012, p. 112). Pues bien, ahora que la seguridad del trono parecía más frágil que nunca, la regente continuó este intervencionismo regio sobre la oratoria sagrada que se predicaba en la Capilla del Alcázar. De hecho, no es una casualidad que el número de predicadores reales fuese creciendo conforme avanzaba la regencia. La debilidad política de la corona, obligada a cumplir sus compromisos con las élites, y la necesidad de contar con un cuerpo de predicadores que legitimasen las actuaciones de aquella reina inexperta y joven explican en parte el porqué entre 1665 y 1675 se incorporaron alrededor de 145 predicadores, más de los que hubo en los cuarenta años del reinado de Felipe IV⁶.

Algunos de los predicadores que posteriormente apoyaron a don Juan en su camino hacia el poder, entraron en la Real Capilla en un momento de enorme tensión política⁷. Mariana de Austria se había apoyado en su confesor, el jesuita Everardo

⁶ Archivo General de Palacio (en adelante AGP), *Registro*, Libro 6151, ff. 59 v.-74.

⁷ Durante el reinado de su padre, Juan José de Austria intercedió para que fuesen nombrados como predicadores algunos miembros de su círculo cercano, como su antiguo confesor, fray Francisco de Gamboa (Sánchez Belén, 2016, p. 218). De todos los predicadores que ingresaron en la Real Capilla entre 1665 y 1677, únicamente se tiene referencia a la promoción de un predicador real por parte de Juan de Austria. Mientras residía en A Coruña, preparado oficialmente para partir a Flandes y retardando en la práctica su marcha, la comunidad de San Benito y el Ayuntamiento de la ciudad suplicaron a don Juan que intercediera ante el patriarca de Indias para que se nombrase a fray Antonio de Moscoso. El 30 de abril de 1668, el príncipe escribió que «hallándome obligado por el celo y atención con que sirve a V.M. no he podido negarme a suplicar a V.M. con todo rendimiento

Nithard, y estaba recuperando la incómoda tradición de los validos (Sáenz Berceo, 2014). Desconfiando de los miembros de la Junta de gobierno establecida por Felipe IV, la regente intentó por todos los medios introducir al padre Everardo en ella y, al mismo tiempo, reportarle mayor control del aparato del poder (Ruiz Rodríguez, 2011, p. 87). A esto había respondido don Juan con una oposición frontal desde fuera del Alcázar, presionando con todas sus armas a la regente para que expulsara a su confesor de palacio (Lozano Navarro, 2005, p. 327).

Mientras el gobierno de Nithard se hundía progresivamente, la imagen del príncipe empezó a verse reforzada, captando «el brillo esplendoroso de la Corona, puesto que no lo interceptaba ningún Infante auténtico, ni lo atraía la Reina viuda, extranjera de corazón» (Maura, 1999, p. 92). En 1668, Juan de Austria llegó al extremo de denunciar públicamente al padre Everardo por maquinarse «nuevas violencias y ofensas contra mí, habiendo llegado su última alevosía a procurar con tan profunda malicia, [...] reducirme a postura de delincuente, induciendo el ánimo de la Reyna Nuestra Señora a que como a tal, se pensase y pusiese en ejecución el intento de prenderme»⁸. Tras huir a Cataluña para no ser apresado por la reina y su mano derecha, se mantuvo a la espera de que su momento llegase. Pero lo cierto es que en el Real Alcázar hubo ya quienes, en secreto, se sintieron fascinados por aquel majestuoso príncipe bastardo.

En mitad de aquella crisis política fue nombrado predicador real fray Manuel Guerra y Ribera. Con una formación universitaria brillante, y habiendo ocupado distintos puestos en su orden, este trinitario obtuvo su título de predicador en 1668 «teniendo consideración a las letras y ejemplo y buena doctrina»⁹. El padre Guerra llegó a la Real Capilla como una luz brillante que parecía acabar con años de «decaencia» en la oratoria áulica (Olmedo, 1918, p. 319). De hecho, si Guerra y Ribera se convirtió en la voz del príncipe don Juan en el púlpito, en parte fue porque era un fascinante orador. Sus sermones estaban cargados de fuerza y pasión, y eran capaces de emocionar, entusiasmar y ofender a partes iguales (Herrero Salgado, 2006, p. 161). Su presencia en la Corte llegó a tales niveles que, en 1676, poco antes de verse envuelto en una maraña de disputas por sus declarados apoyos al príncipe, obtuvo gajes de predicador, un premio por aquel entonces muy difícil de alcanzar¹⁰.

favorezca a estos naturales concediéndoles esta pretensión de que yo quedaré a V.M. con el debido reconocimiento». AGP, *Personal*, caja 7730, ex. 4. Expediente de fray Antonio de Moscoso.

⁸ BNE, ms. 18211, f. 38.

⁹ AGP, *Personal*, caja 7730, ex. 9. Expediente de fray Manuel Guerra y Ribera.

¹⁰ Algunos autores han situado la entrada de fray Manuel Guerra y Ribera en 1676, pero ese fue precisamente el año en el que el trinitario suplicó a Carlos II que le concediese gajes «por hallarse muy antiguo predicador de V.M. y con poca salud para seguir la Universidad deseando estar a los pies de

El momento en el que el padre Guerra se interesó por la causa de don Juan no está del todo claro. Su biógrafo, el profesor Soria Ortega, especula que fue propiciado por el dominico fray Francisco Reluz, gracias a su puesto de confesor del rey, pues era además un afecto del príncipe (Soria Ortega, 1950, p. 62). Pero esto no es del todo plausible, ya que por aquel entonces Reluz no era todavía confesor de Carlos II, sino el dominico fr. Pedro Álvarez de Montenegro, aliado de Nithard (Martínez Peñas, 2009, p. 492). Asimismo, Soria Ortega dice que el padre Guerra quiso acercarse a don Juan para alcanzar cierto grado de influencia en aquella corte y definirse (Soria Ortega, 1950, p. 62). Si así fue, era sin duda una apuesta muy arriesgada, ya que su entrada en el banco de predicadores coincide con el alejamiento de don Juan de Madrid y el momento álgido de su pugna con Nithard.

Por otro lado, todo indica que su apoyo al príncipe fue a título personal. Si se analizan con detenimiento los sermones que el padre Guerra dedicó al príncipe en 1671, se puede observar claramente una indisimulada admiración que no necesariamente compartía la orden del Santo Espíritu, máxime cuando el nombramiento de predicadores dependía directamente de la regente y no del hijo bastardo de Felipe IV. De hecho, ninguno de los trinitarios que ingresó en la Real Capilla se destacó como partidario de don Juan durante el periodo de la regencia¹¹. Sea como fuere, en mitad de aquella crisis política, Guerra y Ribera empezó a convertirse en «íntimo amigo y de la gracia del Príncipe»¹². Precisamente en un momento en el que muy pocos lo hacían abiertamente.

En 1669, apoyándose en una considerable fuerza militar, Juan de Austria salió de Cataluña para asestar su golpe a la regente. Finalmente, consiguió expulsar a Nithard del poder y le obligó a exiliarse a Roma, obteniendo así un triunfo enorme de cara a la «opinión pública». Incluso aquellos que no secundaban el modo de proceder del príncipe, lo creían necesario, como se lee en un escrito anónimo enviado a la reina ese mismo año: «no apruebo del Sr. Don Juan los medios de enmendar las Monarquías, aunque es muy de envidiarle la intención, la lealtad y el amor de vasallo»¹³. Sin embargo, aquello no se tradujo en un éxito político inmediato. De

V.M. para servirla más prontamente en el ejercicio del pulpito, viéndose sin medios para vivir en la Corte». AGP, *Personal*, caja 7730, ex. 9. Expediente de fray Manuel Guerra y Ribera.

¹¹ De todos los predicadores trinitarios que ingresaron en la Real Capilla entre 1665 y 1677, ninguno a excepción de fr. Manuel Guerra y Ribera destacó en el púlpito de la Real Capilla por sus elogios a don Juan. Más bien, el caso de Ribera fue una excepción, más motivada por sus simpatías personales y admiración al príncipe que por intereses de su orden. Véase AGP, *Personal*, caja 7730, ex. 8. Expediente de fr. Diego Salazar y Cárdena; AGP, *Personal*, caja 7737, ex. 11. Expediente de fr. Vicente Domingo Enriquez.

¹² BNE, ms. 18206, f. 50 v.

¹³ BNE, ms. 18209, f. 118.

hecho, la regencia de doña Mariana se mantuvo intacta y Juan de Austria finalmente se vio obligado a retirarse a sus posesiones de Consuegra, siendo posteriormente destinado a la Corona de Aragón como vicario general (Castilla Soto, 1992, p. 236).

Durante aquellos meses, es de suponer que don Juan vivió sentimientos contradictorios. Había vencido el pulso a su madrastra, pero en la práctica se hallaba desterrado de Madrid, y toda idea de alcanzar un puesto de relevancia en el barco de la monarquía había quedado desterrada. Por aquel entonces, fray Manuel Guerra, que ya se estaba labrando un nombre en los púlpitos de la villa coronada, viajó a Zaragoza y predicó algunos sermones en la Capilla del palacio arzobispal. Estos sermones fueron impresos en 1671 en dicha ciudad, lejos de la Corte, y en la mayoría de ellos el padre Guerra ofrece claras muestras de apoyo y sosiego a su venerado príncipe. A lo largo del discurso, el trinitario se vale continuamente de personajes de la Biblia que vivieron episodios difíciles antes de conseguir su victoria, con el fin de atenuar lo que en aquel momento don Juan podía considerar como una derrota que había terminado en un dorado destierro: «para naufragar estaba Pedro, vicario de Cristo. ¡Válgame Dios! Y qué total desengaño. [...] Pero apacigüemos el miedo, que llegó el amago del naufragio a peligro. Solo se quedó en susto; porque se cauteló el amago. [...] Puso la atención en Cristo. Luego no hay peligro, si vuelve devoto al Cielo»¹⁴. Lo que el infante sentía como un fracaso, el predicador lo achacaba a una más de las dificultades que le iban a llevar a la gloria¹⁵. A ojos del trinitario, don Juan encarnaba la esperanza y la necesaria restauración de una monarquía decadente, del mismo modo que, «compadecido Abraham de los llantos infelices contra el poder violento de los cinco Gobernadores, salió a la defensa de trescientos hombres solos de su Familia»¹⁶.

Mientras tanto, en Madrid, pocos se atrevían como el padre Guerra a defender tan belicosamente a don Juan. Más aún cuando su ataque al poder, pese haber conseguido desterrar al confesor de la reina, no se había traducido en su triunfo. De hecho, en la Corte, las voces que denostaban al príncipe empezaron a crecer inmediatamente después de su partida a Zaragoza. En 1671 ingresaron en la Real Capilla algunos de

¹⁴ Guerra y Ribera, 1671, p. 2.

¹⁵ En distintas ocasiones, los personajes bíblicos que menciona el padre Guerra en sus sermones coinciden en su necesidad de huir para hacerse finalmente con la victoria. Esta referencia no es gratuita, ya que, como don Juan en 1669, personajes como San Pedro o David tuvieron que refugiarse para ponerse a salvo. Gracias a ello obtuvieron su triunfo: «Con ninguno del Apostolado desperdió la Suprema Benignidad tantos favores, como con Pedro, ya en este lance, ya en los progresos felices que le subsiguieron. Libre salió de la Mar, pero también corre tormenta en la Tierra. Ecos escucho de prisión. Aparatos percibo de cárcel. Pedro tratado como delincuente, y equivocada con malicia la inocencia: nunca presumí tanto de la malicia. Y qué hace Pedro? Duermes: pero no importa, que más puede un inocente durmiendo, que un malicioso velando. El Cielo se desveló por librarle. Mucho puede Pedro dormido, que obliga a desvelarse al Cielo». Guerra y Ribera, 1671, p. 3.

¹⁶ Guerra y Ribera, 1671, p. 10.

los que iban a convertirse en sus abyectos detractores. Los jesuitas, siempre aliados de la reina madre, habían observado con enorme recelo al «intruso» que había acabado con Nithard. Tras la partida de Juan de Austria a Aragón, el patriarca de Indias incrementó la presencia de predicadores jesuitas en la Capilla palatina, pues «se hallan pocos predicadores por haber vacado algunas plazas»¹⁷. De modo que, ese año, él mismo propuso algunos nombres: los padres Juan Rodríguez Coronel, Tomás Sánchez y Juan Ignacio de Castroverde, los tres, decía el patriarca, «muy dignos por su erudición particularmente por el crédito de grandes predicadores»¹⁸. Estos jesuitas, y especialmente el padre Rodríguez Coronel, se convirtieron en un baluarte de apoyo hacia la reina Mariana.

Desde su entrada en la plantilla, este jesuita fue una de las voces más activas del púlpito regio. Mientras fray Manuel Guerra y Ribera se identificaba a ojos de todos como la voz de Juan de Austria dentro del Real Alcázar, Rodríguez Coronel exaltaba en sus sermones todas las virtudes de la regente y, primero sutilmente, lanzaba ataques mordaces contra aquel príncipe bastardo, que llegó a ser identificado casi como un auténtico espíritu maligno cuya sombra revoloteaba tenebrosamente sobre el joven rey y su madre. Un año después de obtener el título de predicador real, es decir, en 1672, Rodríguez Coronel predicó un sermón en presencia de Carlos II. Mirando al joven rey, le aseveró sobre los peligros de la adulación y las bellas palabras, precisamente lo que su hermanastro intentaba desde su retiro en Aragón: «al que os publica santo, [es] porque os desea pecador. [...] Os ensalza para abatiros, os sube para derribaros, os pone en los puestos altos, porque en ellos corren más libres los cierzos de la vanidad»¹⁹.

Hacia 1674, y mientras Juan de Austria se mantenía expectante en Zaragoza, la reina Mariana volvió a privilegiar a uno de sus cortesanos. Esta vez, Fernando de Valenzuela, marido de una de las criadas de la reina, supo convertirse en sus ojos y oídos en la Corte, ejerciendo una seductora influencia sobre ella (Contreras, 2003, p. 125). Mientras el *Duende* iba adquiriendo mayor presencia, sin que sea una casualidad, empezó también a aumentar el número de predicadores en plantilla. De hecho, durante los años en los que Valenzuela fue acumulando cargos que le iban a llevar hacia el tan codiciado título de grande de España, entraron en la Real Capilla alrededor de 90 predicadores, un número muy considerable si tenemos en cuenta que durante los cuarenta años de reinado de Felipe IV se había nombrado alrededor de 150 (Negredo del Cerro, 2006, p. 52). La prolífica concesión de títulos y mercedes puesta en marcha por Valenzuela únicamente reforzaba la situación que se había

¹⁷ AGP, *Personal*, caja 7734, ex. 7. Expediente de Juan Rodríguez Coronel.

¹⁸ AGP, *Personal*, caja 7734, ex. 7. Expediente de Juan Rodríguez Coronel.

¹⁹ Rodríguez Coronel, 1694, p. 83.

vivido durante los primeros años de la regencia. En un intento por ganarse afectos y obtener popularidad, Valenzuela desplegó una cortina de favores y recompensas que fortaleciesen su poder (Kamen, 1981, p. 534).

Si hubo un punto de inflexión para Juan de Austria, este tuvo lugar el año de 1675. El 6 noviembre Carlos II cumplía su mayoría de edad y, por lo tanto, se daba oficialmente por finalizada la regencia de Mariana de Austria. La sorpresa general fue que, en secreto, Carlos II escribió a su hermanastro y le insistió en que asistiera a la Corte para la fecha de su cumpleaños. Los desesperados intentos de la reina por evitar a toda costa que el príncipe se personase en Madrid no pudieron impedir finalmente su presencia (Contreras, 2003, p. 138). Aquel 6 de noviembre, mientras la carroza de don Juan recorría las calles de la villa coronada, las gentes intentaban por todos los medios acercarse al príncipe. Una vez a las puertas del Real Alcázar, «fue forzoso que salieran cuatro escuadrones de los soldados del regimiento que hacían guardia en palacio para apartar la gente para que el coche pudiera llegar a su lugar que era la puerta»²⁰. Sin lugar a dudas, toda la Corte se hallaba expectante. Mientras el prestigio de la reina madre se veía envuelto en la oscura figura de su nuevo valido, don Juan adquiría mayores tintes de grandeza. El apoyo popular era enorme y, en palacio, cada día eran más los que se rendían ante los resplandores de aquel príncipe.

Dada la situación, doña Mariana ejerció toda su influencia sobre su hijo, presentando a don Juan como «un bastardo ambicioso, le decía, que apenas se vería encargado de la autoridad Real y colmado con sus beneficios, cuando los convertiría todos contra el mismo Rey»²¹. Finalmente, un presionado Carlos II escribió a su hermanastro, que residía en el Buen Retiro, y le ordenó su abandono inmediato de la Corte (Álvarez-Ossorio Alvariano, 1992, p. 264). A continuación, doña Mariana presionó a la Junta de Gobierno para conseguir la marcha de don Juan muy lejos de la Corte, considerando seriamente «que el único reparo de todos estos daños consiste en el pronto pasaje del Sr. Don Juan»²². Lo importante, a fin de cuentas, es que su alejamiento de Madrid no pudo evitar que muchos se sintieran fascinados por la figura de don Juan. De hecho, como iba a comprobarse en meses posteriores, el púlpito regio jugó una vez más un papel protagonista en la gran pugna que Mariana de Austria y don Juan llevaban librando desde la muerte de Felipe IV.

Ese mismo año de 1675, los elogios a la reina madre en los sermones habían continuado constantes como en los años anteriores. Muchos de los predicadores aprovechaban la oportunidad para ensalzar a su patrona y protectora. El 5 de abril, es

²⁰ BNE, ms. 18443, f. 213 v.

²¹ BNE, ms. 18211, f. 2.

²² Archivo General de Simancas (en adelante AGS), *Estado*, leg. 2701, s/f.

decir unos meses antes de la llegada de Juan de Austria a la Corte, el fraile mínimo Juan Ludeña, un anciano predicador de tiempos de Felipe IV, había platicado un bellissimo sermón dedicado a la reina. Cuando estaba terminando, el padre Ludeña suplicó la intercesión de la Virgen «para que esta Española Monarquía, combatida del cierzo de la envidia, prevalezca triunfante de sus enemigos»²³. Al mismo tiempo, el padre Rodríguez Coronel continuaba declarándose en sus sermones como un apasionado defensor de las virtudes de la reina Mariana. Cuando predicó un sermón tras el incendio de la Plaza Mayor ese mismo año, el jesuita dijo con regocijo: «La Reina nuestra Señora es madre, y solo se llama Reina porque sus piedades cariñosas deslumbran los títulos de la Majestad. [...] Madre religiosamente católica con los que perecieron en la fatalidad del incendio»²⁴.

Pero como se viene diciendo, la visita de Juan de Austria a la Corte había generado una respuesta directa a esta atmósfera de enaltecimiento y exaltación de la reina madre. Ahora muchos predicadores habían conocido personalmente a aquella figura lejana y difusa que llevaba seis años «desterrada» en Zaragoza. Y por si la imagen del príncipe no hubiese sido suficiente, el regocijo popular que le había acompañado durante su estancia seguramente decantó la balanza asu favor, hasta el punto de «que aseguraron los que vieron el nacimiento de [Felipe] Próspero el deseado, que no fue entonces más la gente que hubo ni más la alegría del nacimiento de dicho Príncipe que la venida de Su Alteza a Madrid»²⁵.

Las razones que llevaron a ese limitado número de predicadores reales a posicionarse en favor del príncipe ofrecen varias interpretaciones. Si bien el padre Guerra y Ribera había demostrado sus abiertas simpatías en un momento en el que don Juan perdió su oportunidad para alcanzar el poder, el resto de predicadores únicamente comenzaron a lanzar elogios al hermanastro del rey cuando la situación era más favorable para él. Las primeras evidencias de apoyos a don Juan se dan a finales de 1675, coincidiendo precisamente con su entrada en la Corte de Madrid y su consecuente triunfo personal sobre la reina Mariana, aunque al final se le ordenó retirarse a Aragón. Además, el regreso a Madrid de Fernando de Valenzuela, privado de la reina, en la primavera de 1676, bien pudo potenciar una reacción directa en favor de Juan de Austria dentro de la Real Capilla, como se estaba dando también entre los grandes. Y, finalmente, la sustitución del confesor del rey, el dominico fr. Tomás Carbonell, por el confesor de Valenzuela provocó también la indignación generalizada en el espacio cortesano²⁶.

²³ Ludeña, 1675, p. 27.

²⁴ Rodríguez Coronel, 1694, p. 5.

²⁵ BNE, ms. 18443, f. 215.

²⁶ Véase AGP, *Personal*, caja 7941, ex. 33. Expediente de fray Tomás Carbonell.

A lo largo de todo el año de 1676, algunos predicadores utilizaron el púlpito como plataforma desde la cual criticar el ministerio de Valenzuela y las actuaciones de la misma reina. El primero de ellos fue, como cabía esperar, el padre Guerra y Ribera (Negredo del Cerro, 2004, p. 875). La deslumbrante venida de Juan de Austria a la Corte el año anterior le había llevado a dirigirse al joven Carlos II en mitad de su discurso dedicado a Santa Ana para que terminase de una vez con las disputas que tenían dividida a su familia: «Volved señor de los ejércitos por vuestra causa y conozca el poco fiel que ya está cansada vuestra permisión. Suceda la tempestad al puerto y a la ira el desenojo»²⁷. Por otro lado, el dominico fray Antonio Vergara, que había entrado en la plantilla de predicadores en 1667, empezó a lanzar mensajes incendiarios desde el púlpito, llegando «en los sermones a más de lo que tocaba en su Ministerio de Predicador»²⁸.

Durante la primavera de 1676 los ánimos se hallaban ya muy exaltados en la Corte. Pese a que Carlos II había sido declarado mayor de edad, la reina Mariana se había ocupado de preservar el control del gobierno político, decían algunos panfletos que circulaban por la capital, «tomando pretexto de que el rey N. S. no era para gobernar por la corta edad por haber de menester quien le aconseje»²⁹. Y tras vivir unos meses alejado de Madrid, Fernando de Valenzuela volvía a actuar como privado de la reina, reactivando sus tradicionales políticas de festejos y comedias (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2015, p. 36). Pero a esto se le sumó, además, el despliegue de una campaña de persecución contra sus difamadores y críticos. El valido había acumulado tanto poder, que se vio capaz de forzar el destierro de distintos cortesanos y criados que se habían posicionado del lado del príncipe don Juan. Y, por supuesto, puso también sus ojos en la Real Capilla (Maura, 1990, p. 177). De hecho, los predicadores estaban siendo vigilados tan de cerca que —se decía irónicamente— «eran precisamente registrados los sermones en papel antes que se publicasen en el púlpito»³⁰.

El primero en caer fue fray Antonio Vergara. Tras sus exaltados sermones, los espías del valido seguían todos sus movimientos y pronto descubrieron que mantenía reuniones secretas con algunos nobles identificados con la causa de don Juan, que por aquel entonces eran conocidos como los «malcontentos». Uno de aquellos días, don Pedro Fernández del Campo, marqués de Mejorada, entró en el convento donde se alojaba el padre Vergara y ordenó al prior que «vaya luego y le visite la celda, y todos los papeles que le hallase así en prosa como en verso que satiricen

²⁷ Guerra y Ribera, 1677, p. 15.

²⁸ Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), *Estado*, Libro 880, f. 181.

²⁹ BNE, ms. 18443, f. 215 v.

³⁰ Colección de documentos inéditos para la historia de España (en adelante CODOIN), Tomo 67, 1877, p. 28.

contra el gobierno, me los traiga, que es orden de S.M.»³¹. Aunque no se encontraron pruebas documentales contra él, la reina ordenó su destierro inmediato de Madrid. Ese mismo mes, el obispo de Málaga escribió al conde de Medellín, presidente del Consejo de Indias y aliado incondicional de Juan de Austria, informándole que el padre Vergara era «hijo bueno para estar en Madrid a su lado [del conde], bueno para gobernar, bueno para la cátedra y púlpito, y bueno para todo [...], agradándole la rendida obediencia con que se trasladaba a la provincia de Guatemala»³². Todo indica que, tras su destierro de la capital, la orden dominica decidió enviarle a las Américas, alejándolo de las intrigas de la Corte.

A continuación, otros predicadores siguieron su mismo camino. Tratando la biografía del padre Manuel Guerra, el profesor Soria Ortega habla sobre su posible reclusión en la cárcel de Valladolid y su posterior destierro a distintas ciudades de la península (Soria Ortega, 1950, p. 62), seguramente por sus ya más que evidentes simpatías a don Juan. Lo único claro es que, si esto ocurrió así, debió ser tras el regreso de Valenzuela a la Corte en abril de 1676, ya que el mes de enero de ese año, Carlos II le había concedido gajes de predicador³³. Por otro lado, destino similar al de fray Antonio Vergara sufrieron otros predicadores como el jerónimo Francisco Rubio, que se había excedido en su predicación, haciendo continuas referencias a la causa de don Juan en el púlpito, que disfrazaba infructuosamente con citas bíblicas (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 109).

La situación llegó hasta tal punto que los grandes firmaron un manifiesto en el cual exigían la separación de la reina de su hijo y la destitución de Valenzuela, creyendo «prostituida la Grandeza cuando este favorito fue admitido en ella, dándole asiento en el banco de la Capilla Real»³⁴. Finalmente, en diciembre de 1676, Carlos II se desembarazó totalmente de su madre y Valenzuela, escribiendo en secreto a don Juan y ordenándole que «vengáis sin dilación alguna a asistirme en tan grande peso, como lo espero de Vuestro celo a mi servicio»³⁵. Para cuando llegó enero de 1677, Juan José de Austria entraba triunfal en Madrid apoyado por un enorme contingente militar y aclamado por el pueblo de la villa y corte, que lo veía aparecer como si de un héroe conquistador se tratase. Sin lugar a dudas, se iniciaba una nueva etapa para la monarquía de Carlos II.

³¹ AHN, *Estado*, Libro 880, f. 185.

³² Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Indiferente*, leg. 202, n.º 44, f. 381.

³³ AGP, *Personal*, caja 7730, ex. 9. Expediente de fray Manuel Guerra y Ribera.

³⁴ BNE, ms. 18211, f. 5.

³⁵ BNE, ms. 18443, f. 228.

3. El ministerio de don Juan y el púlpito regio: entre su legitimación y condena

Juan de Austria iniciaba su ministerio ampliamente respaldado. Una euforia general se había apoderado de todos en la Corte y en las calles de Madrid se gritaba con alegría su nombre: «Que nuestro Carlos reine, santo y bueno/ Que S.A. gobierne bueno y santo»³⁶. De hecho, el pueblo ansiaba ver juntos al monarca y a su hermano, como ocurrió el 3 de febrero de 1677, cuando «se esperó que el Rey fuese en público con S.A. a San Blas, y para verlos hubo el mayor concurso que se ha visto»³⁷. Lo cierto es que don Juan tenía por delante una ingente tarea, pues heredaba una situación realmente caótica. La guerra con Francia desangraba las arcas de la corona, las malas cosechas se habían traducido en una carestía que duraba ya demasiado, y la proliferación de títulos y mercedes durante la regencia había llegado a niveles desorbitados. De modo que el príncipe programó una batería de reformas, algunas de ellas verdaderamente radicales, pero que perseguían acabar con tan desolador panorama (Castilla Soto, 1990, p. 198). Y como cabía esperar, don Juan puso también sus ojos en la Capilla del Real Alcázar.

Bajo el gobierno de Valenzuela, la plantilla de predicadores había crecido desmesuradamente, pese a que los nombramientos se realizaban a título honorífico y sin gajes. Mientras el antiguo valido increpaba a la regente para que expulsase a todos los que criticaban su gobierno desde los altares, al mismo tiempo había convencido al patriarca de Indias para que llenase la Capilla de nuevas voces dóciles que ensalzaran el nuevo reinado. Estos predicadores eran, para don Juan, una amenaza y un núcleo de posibles críticas a su ministerio. A fin de cuentas, todos ellos debían su título a la reina madre y, en última instancia, a su valido. Si el príncipe ambicionaba introducir cambios que transformasen la realidad de la monarquía y reforzaran su poder, todo empezaba por colocar voces que legitimasen su nuevo gobierno.

Durante el mes de marzo de 1677, don Juan presentó a Carlos II un plan de reforma dentro de la Real Capilla que incluía la reducción de la plantilla de predicadores a tres miembros por religión, sucediéndose en el puesto conforme quedasen vacantes libres (Sánchez Belén, 2001, p. 417). Siempre siguiendo su consejo, el rey escribió al patriarca de Indias ordenándole que, «conservándose los que fueren elegidos por el Rey Mi Señor, mi Padre, que Santa Gloria haya, se reduzcan los que después de su muerte han sido nombrados a tres eclesiásticos seculares y tres de

³⁶ BNE, ms. 18211, f. 2.

³⁷ BNE, ms. 2289, f. 48.

cada una de las religiones»³⁸. Esta medida tuvo una traducción directa y no menos impactante: se trataba de expulsar a un gran número de predicadores que habían conseguido su título tras muchas dificultades y años de espera. El mismo patriarca de Indias puso énfasis en esta circunstancia, pues «no parece della grandeza de V.M. ni de su benignidad revocar las mercedes hechas y echar absolutamente de su Real Casa a los que una vez dio entrada en ella con el título de criados»³⁹. Finalmente se estableció un número máximo de doce predicadores en plantilla. Además, para justificar mejor esta medida, se resaltaron sus fines económicos, pues se pretendía reducir el drástico gasto que generaba la Real Capilla.

Por descontado, fueron muchos los que no se dejaron engañar, aunque ninguno se atrevió a cuestionar las motivaciones políticas del nuevo primer ministro (Trápaga Monchet, 2015, p. 607). Don Juan había conocido sobradamente el impacto que la oratoria áulica había jugado en su camino hacia el poder. De hecho, durante su estancia en Madrid para el cumpleaños del rey en 1675, el púlpito regio se había convertido en un mecanismo de gran peso de cara a la «opinión pública». El príncipe no había olvidado los exaltados sermones de su querido fray Manuel Guerra o los violentos ataques que los jesuitas habían lanzado para deslegitimar su resistencia a someterse a los dictámenes de la regente.

En las semanas siguientes, el patriarca tuvo que confeccionar una lista que iba a incluir a los predicadores que iban a mantener su título. Por descontado, todos aquellos que habían apoyado la causa de Su Alteza estuvieron incluidos. Los nombres de fray Manuel Guerra y fray Francisco Rubio aparecen en ella, al igual que el dominico fray Antonio de Vergara, que pese a haberse trasladado a América, continuó manteniendo su título⁴⁰. En líneas generales, se valoró su antigüedad, así como su calidad en el púlpito regio, pues el número de predicadores iba a quedar tan reducido que el patriarca necesitaba oradores experimentados y capaces de mantener toda la pompa y boato de la casa de Austria en la Real Capilla. Pero no siempre se tuvo en cuenta esta circunstancia, pues había un motivo de mayor peso a la hora de descartar a un predicador de la plantilla: su desafección hacia el nuevo régimen.

Ejemplo de esto lo hallamos en el hecho de que el patriarca había incluido a tres predicadores jesuitas en la lista, y entre ellos se hallaba el padre Rodríguez Coronel, una de las voces más poderosas durante la regencia y, a la vez, uno de los mayores

³⁸ AGP, *Real Capilla*, caja 218, ex. 2. Carlos II ordena reducir el número de predicadores de la Real Capilla. 24 de marzo de 1677.

³⁹ AGP, *Real Capilla*, caja 70, ex. 1. El patriarca de Indias propone remedios para mejorar la Planta de la Capilla Real, 18 de abril de 1677.

⁴⁰ AGP, *Real Capilla*, caja 218, ex. 2. Carlos II ordena reducir el número de predicadores de la Real Capilla. 24 de marzo de 1677.

detractores de Juan José de Austria. Como cabía esperar, el príncipe no permitió que estos tres jesuitas se mantuviesen en plantilla y les castigó severamente con el destierro de Madrid⁴¹. Por supuesto no fueron los únicos que sufrieron las iras de don Juan. El padre Manuel de Nájera, un afamado predicador jesuita de tiempos de Felipe IV, fue obligado a abandonar la Corte, pese a su avanzada edad (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 104). De modo que el nuevo gobierno dio sus primeros pasos con una purga similar a la que puso en marcha Fernando de Valenzuela poco antes de su fulminante caída en desgracia. La sombra del príncipe llegó a ser tan opresiva que «los predicadores, ya en la Capilla, ya en la Corte, esclavos de la adulación, gastaban más en elogios que en las reprensiones»⁴². En efecto, todos en el Real Alcázar sabían que su permanencia dependía no ya del frágil rey, sino del que se había convertido en su baluarte y, decían muchos, también su carcelero.

Don Juan pretendía estar lo más cerca posible de su joven hermanastro, y eso pasaba por disfrutar de una situación privilegiada dentro de la etiqueta cortesana (Trápaga Monchet, 2015, p. 605). Así que, previstas ya las ceremonias de Semana Santa, quedó establecido que don Juan caminaría un paso por delante del rey desde que este salía de su cuarto hasta que llegase a la Real Capilla⁴³. Una vez allí, tendría también una silla inmediata a la del rey en la capilla, quedando muy por encima de los grandes (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2002, p. 321). Esta medida generó una enorme controversia, pues aquel príncipe bastardo, nacido sin linaje y con el único privilegio de que su padre había sido rey, se veía elevado a un lugar mucho más cercano a la persona regia que el banco de los grandes de España (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2004, p. 100). Así, la presencia del príncipe fue una constante cada vez que Carlos II salía de palacio. De hecho, su intención de mantener al rey siempre a su lado finalmente se vio afianzada cuando consiguió la definitiva marcha de la reina Mariana al Alcázar de Toledo (Oliván Santaliestra, 2006, p. 389). Tras las primeras semanas del nuevo gobierno, «el Rey algo ha blandeado en lo de salir su madre de la Corte, pero se reconoce que manifiestamente conviene por quietar estos bandos»⁴⁴. Las presiones de Juan de Austria convencieron al joven monarca de que era necesario separarse de su madre, la mujer que le había criado y le había acompañado en todos los momentos de su corta vida.

Sin la sombra de doña Mariana ya presente, Juan de Austria tuvo plena libertad para poner en marcha sus ansiadas reformas. Pero para su despliegue, el príncipe

⁴¹ BNE, ms. 6641, f. 64.

⁴² CODOIN, Tomo 67, 1877, p. 28.

⁴³ AGP, *Registro*, Libro 6151, f. 160.

⁴⁴ BNE, ms. 2289, f. 52 v.

necesitaba también legitimar sus actos de cara a la «opinión pública». Como el nuevo ministerio reclamaba tintes de gloria, el púlpito volvió a convertirse en uno de los mecanismos predilectos. Los sermones que han llegado hasta nosotros están repletos de pasajes que relacionan la figura de Juan de Austria con algunos de los personajes más admirados de la Biblia. De comparársele con el déspota Herodes, ahora se le retrataba como un firme opositor a la tiranía, como fue Juan Bautista o el rey David.

El 24 de enero de 1677 se celebró en la Real Capilla una misa dedicada a San José. El patriarca de Indias encargó el sermón a un eclesiástico que no estaba en la plantilla de predicadores, el mercedario Juan Martínez. Dedicando su sermón al príncipe, el orador llenó su discurso de referencias a don Juan y su camino hacia el poder: «Pues dice Juan [el Bautista], yo no anhelo sino a unirme con Dios, que es mi Rey. Solo quiero su lado, que lo demás que se me siga gloria o no se me siga, no es motivo que me incita»⁴⁵. Del mismo modo que Juan Bautista sacrificó su vida y su libertad por seguir a Cristo, Juan de Austria había pasado mil calamidades para poder dirigir las riendas de la monarquía en nombre de su hermano.

Por supuesto, durante los meses siguientes se sucedieron muchos más sermones que exaltaban las glorias del príncipe. Y como todos sus enemigos habían sido expulsados del Real Alcázar, nadie se atrevía ya a criticar sus primeras andanzas. Fray Manuel de Guerra y Ribera, que había apostado tanto por su amado príncipe, fue liberado de su destierro y regresó a la Corte como uno de los predicadores favoritos del nuevo primer ministro. Poco tiempo después, empezó a circular un manifiesto de su autoría conocido como *Visita de la Esperanza y el Tiempo*, que pretendía convertirse en un auténtico panegírico de don Juan. En él, decía su autor, «concebí de su alta mente [de don Juan] y soberana idea, la salud de esta monarquía: quedó con sus primeras líneas mejorada mi esperanza, pues siendo tan grande el achaque, empezó a ser mayor la medicina»⁴⁶. Por supuesto, el padre Guerra se convirtió en uno de los predicadores más importantes de este bienio. Su fama cosechada en el púlpito y su decidida defensa de Juan de Austria le valieron grandes recompensas.

Otros muchos predicadores siguieron su ejemplo, unos por pura convicción y otros para no caer en desgracia como les había ocurrido a los jesuitas. Y un ejemplo característico lo hallamos en fray José de Madrid⁴⁷. Desde que entró a formar parte de la plantilla de predicadores en 1672, este capuchino supo a quién debía acercarse para conseguir sobrevivir en aquella fuente de discordias que era la Corte de Madrid. Sin haberse pronunciado nunca durante el pulso entre don Juan y la regente, una vez el

⁴⁵ BNE, ms. 18443, f. 251 v.

⁴⁶ BNE, ms. 18206, f. 51 v.

⁴⁷ AGP, *Personal*, caja 7736, ex. 12. Expediente de fray José de Madrid.

primero se hizo con el control del gobierno, fray José hizo exactamente lo mismo que sus compañeros. En mitad de un sermón, lanzó «mil elogios y alabanzas de Su Alteza, que parecieron de demasía tal que obligó a la modestia del Sr. Don Juan a enviarle a decir explicase solo el Evangelio de que era ministro»⁴⁸. De modo que, a lo largo de 1677 y 1678, todo fueron adulaciones hacia don Juan, que engrandecieron su figura y embelesaron sus oídos. Cuando este financió la construcción de una nueva capilla en el convento de las descalzas reales, donde precisamente profesaba sus votos una hija suya, el patriarca de Indias encargó el sermón a fray Francisco Rubio, otro de los incondicionales de Juan de Austria durante los últimos momentos del ministerio de Valenzuela. Aquel sermón, predicado tras la colocación de una virgen de los Milagros, incluía también alabanzas hacia don Juan, esta vez por su piedad y devoción:

«... Aunque la devoción de tantas Personas Reales [...] haya intentado muchas veces el fabricarle Real Capilla a que se traslade [una figura de la virgen], desvanécese este intento, y solo le logre felizmente (entre tantas Majestades) su Alteza, pues solo su Alteza (lo fue Real, gran Capitán general de mar y tierra) le toca la fábrica de este Silo sacro, en este convento tan Real, Benjamín Sacratísimo de la gran Monarquía de España...»⁴⁹.

Si había una ocasión predilecta para sacar a relucir todas las virtudes de Juan de Austria, era durante las exequias a Felipe IV, que se celebraban anualmente (Álvarez-Ossorio Alvariño, 2002, p. 321). La mayoría de predicadores dedicaban estas exequias no ya a Carlos II, hijo legítimo del difunto rey, sino a su hijo bastardo. Eso demostraba, una vez más, ante quién respondían en última instancia estos oradores del real púlpito. El 17 de septiembre de 1677, fray Francisco Rubio fue elegido por el patriarca para predicar un sermón en las exequias del Rey Planeta. Por supuesto, dedicó la prédica a Juan de Austria, sentado junto a su hermano en la Real Capilla: «Este es mi honroso sentimiento, y desto pido yo perdón a V.A. No de no dilatarme ahora en sus merecidos elogios, porque en mi estimación y en la verdad [...] todos los mayores se cifran en solo el gloriosísimo nombre de quien es hijo de tal padre»⁵⁰. Asimismo, cuando se imprimió al año siguiente un sermón que predicó el Dr. Juan Benítez Montero, antiguo deán de la Catedral de Granada, su dedicatoria iba dirigida también a Juan de Austria. En ella, el predicador real hizo hincapié en la labor que ejerció durante la regencia de doña Mariana. Toda referencia a un don Juan rebelde y sedicioso a la corona fue sustituida por la de un príncipe fiel y devoto, únicamente interesado en el bienestar de su

⁴⁸ BNE, ms. 2289, f. 77 v.

⁴⁹ Rubio, 1678, p. 3.

⁵⁰ Rubio, 1677, p. 2.

joven hermano: «multiplicados fueron los actos de obediencia que V.A. obró en dicha menor edad [de Carlos II], que todos cedieron en el mayor bien común destes Reinos, y en cada uno consiguió gloriosamente V.A. una victoria»⁵¹.

Todo este discurso propagandístico que emanaba de los púlpitos no fue lo suficientemente contundente como para disfrazar las dificultades que atravesaba la monarquía. Los primeros resplandores y esperanzas dieron paso progresivamente a un panorama mucho más sombrío. Se esperaba tanto de don Juan, que pronto aparecieron las primeras decepciones a su ministerio. Primeramente, la guerra con Francia terminó con una paz necesaria, pero de poco prestigio, que incluso el joven Carlos II reconoció humillante en una carta a su madre: «aunque es poco ventajosa para esta Monarquía, debamos esperar en Dios que mirará por ella, juez de su causa»⁵². Por otro lado, una larga crisis de subsistencias que atravesaba el reino reapareció en forma de una carestía de pan que generó un enorme descontento popular (Kamen, 1981, p. 453). Asimismo, en las calles empezaban a proliferar pasquines cada vez más dañinos: «ha mandado su Alteza que mientras estuviere en el Gobierno, pena de la vida nadie diga la verdad; pues si no fuera por eso no le dijéramos aquí lo que robó en Flandes; lo que robó en Extremadura, y lo que robó en Galicia; y lo que está robando ahora?»⁵³. Aunque don Juan desplegó una red de espías que localizasen los pasquines que se distribuían en la villa coronada contra su gobierno, fue ciertamente difícil detener estos ataques. Junto a esto, los jesuitas aprovecharon el progresivo descontento que se apoderaba del gobierno de Juan de Austria para reactivar sus feroces críticas. Expulsados de la Corte tras su llegada al poder en 1677, los hijos de la Compañía utilizaron los sermones y los pasquines para desprestigiar la gran obra del príncipe (Castilla Soto, 1992, p. 285).

Entre ellos, el jesuita Juan Cortés Osorio, conocido por muchos como el Juvenal español, lanzó ataques feroces contra Juan de Austria, que de gran libertador pasaba a ser ahora un tirano y un déspota (Gómez-Centurión Jiménez, 1983, p. 13). En su *Invectiva Política*, el padre Cortés utilizaba alegorías para arremeter nuevamente contra el príncipe. Como si se tratase de un debate en el que poderosas fuerzas como la Experiencia, la Esperanza, el Temor y el Desprecio discuten sobre el gobierno de Juan de Austria, el padre Cortés ejercía una crítica despiadada. En un momento dado, la Esperanza, incapaz de asimilar las supuestas actuaciones del nuevo gobierno, cae desmayada al suelo y cuando consigue reponerse, la Experiencia le hace la siguiente advertencia: «¿No repara vuestra merced —le

⁵¹ Benítez Montero, 1678, p. 2.

⁵² AHN, *Estado*, legajo 2729. Correspondencia de Carlos II con la reina madre, 5 de enero de 1679.

⁵³ BNE, ms. 18211, f. 58.

dijo— que todas las injusticias de don Ujan [don Juan] se firman y se acreditan con el nombre de Carsol [Carlos II]?»⁵⁴. A continuación, Osorio Cortés arremetía contra los predicadores que habían «vendido» su misión evangélica a los intereses de su protector: «No piense V.A. que nos espanta con ese coco. [...] ¡Miren que más prueba de que es poca cabeza la que se defiende con tan ruines cascos como los de su Fraile Ayuda [fray Manuel Guerra]!» (Osorio Cortés, 1984, p. 171).

Además, en la lejanía, la reina Mariana de Austria empezó a ser vista de un modo muy distinto. Así como, años antes, Juan de Austria había sido retratado en el reino de Aragón como un príncipe injustamente desterrado, ahora las tornas estaban cambiando. La figura de la reina madre se estaba transformando en la de una mujer apartada cruelmente de su amado hijo y condenada a vivir en la soledad del Alcázar de Toledo por las perversas artes de aquel bastardo. Incluso se narraban historias cargadas de cierto patetismo que incentivaban todavía más la lástima popular. Pocos meses después de empezar su exilio, circulaba el rumor de que doña Mariana estaba paseando en su carruaje cuando contempló a un joven muchacho que le recordaba demasiado a su hijo el rey. Tras ordenarle que se acercase, «le acarició mucho, y preguntándole como se llamaba, dijo que Carlos, llevele consigo a palacio y le mandó vestir luego muy bien»⁵⁵. Estas historias, poco importaba si eran ciertas o no, tenían un poderoso componente propagandístico sobre las capas populares, siempre ambivalentes y cambiantes.

Así que, mientras el gobierno de don Juan se veía tachado de desprestigio y críticas furibundas, la reina ausente empezó a recibir la visita de grandes, embajadores e incluso ministros descontentos (Oliván Santaliestra, 2006, p. 401). Por supuesto, los jesuitas se esforzaron desde el púlpito en ensalzar su figura comparándola una vez más con la virgen María. Por ejemplo, un miembro de la Compañía, el padre Jacinto Pareja, que tuvo la oportunidad de predicar un sermón en la catedral de Toledo contando con la asistencia de doña Mariana, «la lisonjeó mucho y el premio que logró fue mandarle salir desterrado por lisonjeo»⁵⁶. La verdadera recompensa vino años después cuando Carlos II le nombró predicador real⁵⁷. Pero era el mismo rey quien mayormente sentía la ausencia de su madre. Aunque sus cartas a Toledo eran sistemáticamente registradas por don Juan, en ellas se dejaba ver el afecto de un hijo que, según parece, se sentía culpable por el trato que se le estaba dando a su progenitora: «no dudo de tu cariño, lo que celebras es buena salud y me huelgo de ver por tus cartas tienes lo que yo te deseo»⁵⁸. En efecto, durante el año de

⁵⁴ BNE, ms. 18211, f. 58.

⁵⁵ BNE, ms. 2289, f. 88 v.

⁵⁶ BNE, ms. 2289, f. 88 v.

⁵⁷ AGP, *Personal*, caja 7945, ex. 3. Expediente del P. Jacinto Pareja.

⁵⁸ AHN, *Estado*, legajo 2729. Carta de Carlos II a doña Mariana de Austria, 8 de noviembre de 1677.

1679, el joven Carlos II se desembarazaba cada vez más de su hermano y buscaba motivos para acercarse a su madre. Los detractores del príncipe contaban en pliegos anónimos que «el Rey muere por verla, y ella que le ha conocido el fuego, da gemidos y quejas, siendo cada una un agudísimo acicate para el Rey»⁵⁹.

A finales de 1679, Juan de Austria cayó gravemente enfermo. Consciente ya de que había perdido el favor regio, el príncipe se vio abandonado por todos los que, dos años antes, le habían aclamado. Los pasquines se expandían imparables y las canciones, aunque cantadas en voz baja, recorrían las calles de Madrid: «Vino Su Alteza/ sacó la espada/ y no hubo nada» (Maura, 1990, p. 213). Finalmente, terminando el año, Juan de Austria quedó postrado en cama y falleció el 17 de septiembre de 1679, ya sin apoyos y solo. El mismo Carlos II se mantuvo alejado de su presencia durante demasiado tiempo, y una vez murió dio orden de que se «lleve su cuerpo difunto a ese convento [de El Escorial] para que se ejecute su entierro en él, con los oficios acostumbrados»⁶⁰. Por supuesto, para entonces, la mayoría de predicadores reales sabían ya a quien debían mostrar su lealtad⁶¹. Con la reina Mariana de Austria retornando a la Corte, e iniciándose el ministerio del duque de Medinaceli, pocos recordaban ya a aquel príncipe. Únicamente fray Manuel de Guerra Ribera se mantuvo fiel a su causa hasta su muerte, lo que le costó un breve destierro a Portugal y, posteriormente, años de continuas críticas y ataques, pues el destino de don Juan dejó, en muchos sentidos, una profunda marca en el fraile (Soria Ortega, 1950, p. 65).

Mientras algunos predicadores como fray Francisco Rubio supieron desligarse a tiempo de sus servicios a don Juan, e incluso otros se acercaron hábilmente a las nuevas estrellas en alza, como fray José de Madrid, que se convirtió en el predicador favorito de la joven reina María Luisa de Orleans, el padre Guerra nunca se desembarazó totalmente de aquellos años. Prueba de ello es que, en sus honras fúnebres en 1692, fray Vicente Belmont decía que «venció finalmente la guerra la malicia y venció toda su guerra para conseguir en la muerte una paz segura, como piadosamente creemos llegó a lograrla»⁶². Lo importante, a fin de cuentas, es que las grandes esperanzas de aquel hijo bastardo de Felipe IV, nacido sin grandeza y elevado a los escalones más cercanos al trono, finalmente murió prácticamente en desgracia, mientras las voces del púlpito regio se dirigían ya hacia otro lado.

⁵⁹ BNE, ms. 2289, f. 197 v.

⁶⁰ AGP, *Reinados*, Carlos II, caja 143, ex. 1. Exequias de Juan José de Austria, 19 de septiembre de 1679.

⁶¹ El entierro de Juan de Austria se realizó con cierta prisa, reflejo evidente de que el príncipe bastardo había caído en desgracia o por lo menos se hallaba ya muy próximo en las semanas previas a su muerte. Todo indica que no hubo exequias ni honras fúnebres para don Juan, especialmente después de que la reina Mariana de Austria regresara a la Corte en 1680 y volviese a ocupar un lugar importante al lado de su hijo el rey. (Contreras, 2003, p. 191).

⁶² Belmont, 1692, p. 29.

4. Conclusiones

Como ha quedado patente a lo largo de este artículo, el gobierno de Juan José de Austria se vio seriamente condicionado por su imagen de cara a la «opinión pública». Ciertamente, durante los dos años del príncipe bastardo en el poder, este necesitó legitimar sus reformas y para tal fin se valió del púlpito regio, que llegó a convertirse en uno de los canales principales para construir un discurso repleto de elogios y alabanzas. Otros antes que él habían sabido descifrar los peligros y ventajas que reportaba la oratoria áulica. El conde duque de Olivares se hizo eco del provecho que podía reportar una plantilla de predicadores afecta a sus intereses, que supiera legitimar desde los altares sus políticas y ofreciese un baño de luz a aquella monarquía decadente. Esta instrumentalización política no pasó inadvertida para la reina regente Mariana de Austria. Testigo directo durante el reinado de su esposo, doña Mariana continuó las dinámicas precedentes, llenando la Real Capilla de predicadores leales a sus intereses y especialmente decididos a ensalzar el período de la regencia y el futuro reinado de su joven hijo. Pero ni siquiera el firme control que ejercía la corona pudo evitar que el púlpito jugase también su papel en la convulsa situación política que se vivió entre Mariana de Austria y el príncipe don Juan.

El último tercio del siglo XVII fue una época de enorme tensión política. La regencia de doña Mariana, las privanzas de Nithard y Valenzuela, y el asalto al poder de Juan de Austria se tradujeron en fenómenos políticos que generaron un fuerte impacto público. Durante aquellos quince años, proliferaron pasquines y sátiras populares lanzando críticas o elogios a partes iguales. Pero más importante aún fue el papel que jugaron los predicadores de la Real Capilla. Durante aquellos años, algunos de estos oradores del púlpito regio olvidaron su misión pastoral y evangélica, decididos a intervenir en los grandes acontecimientos que estaban teniendo lugar. Fue así como surgió una facción de predicadores decididamente leal a los intereses de Juan de Austria.

En un primer momento, don Juan solo pudo contar con fray Manuel Guerra y Ribera. El trinitario se vio cautivado por aquel príncipe de sangre regia que, pese a su bastardía, presentaba una imagen fascinante. Los motivos de este acercamiento continúan siendo confusos, aunque todo indica que el trinitario lo hizo por su propio interés y no por iniciativa de su orden. Solo a partir de 1675, es decir, tras la visita de Juan de Austria a Carlos II durante la proclamación de su mayoría de edad, se constató un verdadero grupo de predicadores afectos a su causa. Esto se deduce, primeramente, del enorme desprestigio que pesaba ya sobre la regente, unida incondicionalmente al destino político del que se había convertido en su valido, Fernando de Valenzuela. Así como muchos grandes se sentían insultados por el fulgurante

despegue de aquel advenedizo, otros tantos predicadores como fray Francisco Rubio o fray Antonio Vergara criticaron sin disimulo sus políticas y permanencia en la Corte. Asimismo, otro de los elementos que decantó la balanza de estos predicadores sediciosos fue el impacto que provocó la permanencia de don Juan en Madrid. El enorme apoyo popular que generó su presencia no pasó inadvertido en la villa coronada, y no es casualidad que, durante los primeros meses de 1676, aquellos predicadores, antaño tímidos e inseguros, imitasen a fray Manuel de Guerra y Ribera y lanzaran desde el púlpito sermones cargados de alabanzas hacia un Juan de Austria que cada día se veía más cerca del poder.

Durante los dos años que duró su ministerio, don Juan fue plenamente consciente de la importancia que el púlpito regio iba a tener en su ambicioso plan de reformas. A fin de cuentas, había sido ese mismo púlpito el que le había ayudado a desbancar a la reina madre y convertirle en primer ministro. Es por esto por lo que se esmeró, y mucho, en reformar la Capilla Real hasta conseguir un control total que su madrastra y sus validos jamás habían conseguido. Los sermones críticos hacia el gobierno, como los que lanzaron fray Manuel Guerra o fray Francisco Rubio durante la regencia, no tenían ya cabida en el nuevo régimen. De modo que se forzó la expulsión de un gran número de predicadores, dejando únicamente en plantilla a un grupo muy reducido y selecto. Por supuesto, todos aquellos desafectos a la persona de Juan de Austria, como los jesuitas, fueron también desterrados de palacio. A partir de entonces, y durante los dos años siguientes, desde el púlpito regio se predicaron sermones cargados de elogios y alabanzas que de algún modo ennoblecían a Juan de Austria, y más importante aún, legitimaban sus reformas dentro de la Corte.

Pero lo cierto es que, como se viene diciendo, las críticas fueron ya demasiadas como para que su grupo de predicadores pudiese acallarlas. Las dificultades que atravesaba la monarquía eran enormes, y tras el primer año de ministerio, empezaron a proliferar pasquines anónimos cargados de feroces ataques. Pero más importante aún, otros púlpitos fuera del Real Alcázar supieron transformarse en plataformas desde las cuales criticar a Juan de Austria. Los jesuitas en especial ensalzaron la figura de Mariana de Austria, quien había sido su patrona y protectora durante años, y convirtieron la imagen de don Juan en la de un déspota y un tirano, a similitud de personajes bíblicos tan aborrecibles como Herodes o el rey babilónico Nabucodonosor. Incluso Carlos II terminó desembarazándose de su hermano mayor, llevado por el cariño incondicional que sentía hacia su lejana madre y las críticas que por todos lados resonaban ya contra el príncipe.

Finalmente, una enfermedad mortal se llevó a Juan de Austria, preservándole así de un final político más que anunciado. Y una vez muerto, los predicadores reales volvieron a jugar como mejor sabían y miraron hacia las nuevas manos que movían

los hilos del poder. Algunos de los que antaño habían ensalzado desbocadamente a don Juan en los altares, como fray José de Madrid, se acercaron a otros flancos, en este caso a la nueva reina María Luisa de Orleans. Quizás el único que verdaderamente pagó caro su apego a don Juan fue Manuel de Guerra y Ribera. Obligado a un breve destierro, incluso años después sus enemigos le criticaron sin disimulo.

En definitiva, si algo queda patente, es que la alta política y la oratoria sagrada se vieron fuertemente entrelazadas durante el último tercio del siglo XVII. Los predicadores de la Real Capilla no se desentendieron de la inestabilidad política que proliferaba por aquel entonces, y quizás la figura de Juan de Austria fue el ejemplo más claro del determinante y muchas veces contradictorio papel que los sermones llegaron a jugar a la hora de desestabilizar un gobierno o legitimar el siguiente.

Bibliografía

- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (1992), “Fueros, cortes y clientelas: el mito de Sobrarbe, Juan José de Austria y el reino paccionado de Aragón (1669-1678)”, *Pedralbes*, 12, pp. 239-291.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (2002), “La sacralización de la dinastía en el púlpito de la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, *Criticón*, 84-85, pp. 313-322.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (2004), “Facciones cortesanas y arte del buen gobierno en los sermones predicados en la Capilla Real en tiempos de Carlos II”, *Criticón*, 90, pp. 99-123.
- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, Antonio (2015), “Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II”, en Carreras, Juan José y Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio (eds.), *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, pp. 21-55.
- AZANZA LÓPEZ, José Javier (2013), “Imágenes emblemáticas del adoctrinamiento regio: los sermones del predicador real José de Barcia en la Corte de Carlos II”, *Potestas*, 6, pp. 255-297. <https://doi.org/10.6035/Potestas.2013.6.11>
- CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo (1999), “Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 20, pp. 77-136.
- CASTILLA SOTO, Josefina (1990), “El «valimiento» de don Juan José de Austria (1677-1679)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna* 3, pp. 197-211.
- CASTILLA SOTO, Josefina (1992), *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*, Madrid, Cuadernos de la UNED.
- CERDAN, Francis (1983), “El predicador y el poder. Estudio de un sermón cortesano: A la dedicación del templo de Lerma por Fr. Hortensio Paravicino”, *Areas*, 3-4, pp. 221-229.
- CERDAN, Francis (1996), “La oratoria sagrada. Un espejo de la sociedad”, en García de Enterría, María Cruz y Cordón Mesa, Alicia (coords.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro, Alcalá de Henares*, Universidad de Alcalá, pp. 23-44.
- CONTRERAS, Jaime (2005), *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid, Temas de Hoy.
- CORTÉS OSORIO, Juan (1984), *Invectiva política contra don Juan de Austria*, Madrid, Editora Nacional.

- GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, Carlos (1983), “La sátira política durante el reinado de Carlos II”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, pp. 12-33.
- HERCIG, Carine (2008), “La polémica en torno a la *Aprobación* del Padre Fray Manuel de Guerra y Ribera (1682-1684) y la moralización de la Comedia”, *Criticón*, 103-104, pp. 81-92.
- HERMOSA ESPESO, Cristina (2014), “El testamento de Felipe IV y la Junta de Gobierno de la minoridad de Carlos II. Apuntes para su interpretación”, *Erasmus: Revista de Historia Bajomedieval y Moderna*, 1, pp. 102-120.
- HERRERO SALGADO, Luis (2006), *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*, Tomo V, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- KALNEIN, Albretch (2001), *Juan José de Austria en la España de Carlos II. Historia de una Regencia*, Lleida, Milenio.
- KAMEN, Henry (1981), *La España de Carlos II*, Barcelona, Crítica.
- LOZANO NAVARRO, Julián José (2005), *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid, Cátedra.
- LYNCH, John (1992), *Los Austrias (1598-1700)*. Tomo II, Barcelona, Crítica.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando (2011), “Los sermones como cauce de propaganda política: la Guerra de Sucesión”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 20, pp. 303-336.
- MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro (2009), *El confesor del rey en el Antiguo Régimen*, Madrid, editorial Complutense.
- MAURA, Duque de (1999), *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid, Aguilar.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando (2002), “La palabra de Dios al servicio del Rey: la legitimación de la Casa de Austria en los sermones del siglo XVII”, *Criticón*, 84-85, pp. 295-311.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando (2002), “Las atalayas del mundo. Los púlpitos y la explicación eclesiástica de la decadencia de la monarquía”, en Aranda Pérez, Francisco José (coord.), *La declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 863-878.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando (2006), *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Actas.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando (2012), “Los predicadores reales y el Conde Duque de Olivares”, *Libros de Corte*, 5, pp. 112-117.
- OLIVÁN SANTALIESTRA, Laura (2006), *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*, Tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense.

- OLMEDO, FÉLIX DE (1918), “Decadencia de la oratoria sagrada en el siglo XVII”, *Razón y Fe*, 46, pp. 310-321.
- RUIZ RODRÍGUEZ, José Ignacio (2011), “Juan Everardo Nithard, un jesuita al frente de la Monarquía Hispánica”, en Martínez Peñas, Leandro y Fernández Rodríguez, Manuela (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la Historia de España*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, pp. 75-110.
- SÁENZ BERCEO, María del Carmen (2014), *Confesionario y poder en la España del siglo XVII: Juan Everardo Nithard*, Logroño, Universidad de la Rioja.
- SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio (2001), “La Capilla Real de Palacio a finales del siglo XVII”. En Carreras, Juan José y García García, Bernardo José (eds.), *La Capilla Real de los Austrias. Música y ritual de corte en la Europa moderna*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes. pp. 411-447.
- SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio (2014), “Eclesiásticos criollos en la Capilla Real de Palacio: una élite de poder en el reinado de Carlos II”. *Revista de Indias*, 261, pp. 423-452. 261, 2014, pp. 423-452. <https://doi.org/10.3989/revindias.2014.014>
- SÁNCHEZ BELÉN, Juan Antonio (2016), “La Capilla Real de Palacio en tiempos del valimiento de Don Luis de Haro”, en Valladares, Rafael (ed.), *El mundo de un valido. Don Luis de Haro y su entorno, 1643-1661*, Madrid, Marcial Pons, pp. 193-232.
- SORIA ORTEGA, Andrés (1950), *El Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera y la oratoria sagrada de su tiempo*, Granada, Universidad de Granada.
- TRÁPAGA MONCHET, Koldo (2013), “La casa de don Juan de Austria en el gobierno de la Monarquía de Felipe IV”. *Libros de Corte*, 6, pp. 121-166.
- TRÁPAGA MONCHET, Koldo (2015), *La reconfiguración política de la Monarquía Católica: la actividad de don Juan José de Austria (1642-1679)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- TRÁPAGA MONCHET, Koldo (2015), “Las casas reales de don Juan José de Austria en la Monarquía Católica (1642-1659)”, en Martínez Millán, José y Eloy Hortal, José (dirs.), *La Corte de Felipe IV (1621-1665). Reconfiguración de la Monarquía católica Vol. III*, Madrid, La Corte en Europa, pp. 1781-1854.

Fuentes impresas

- BELMONT, Vicente (1692), *Oración fúnebre en las exequias del R.P.M. Manuel de Guerra y Ribera, que celebró el religiosísimo convento de la Virgen del Remedio de la misma religión*, Zaragoza, imp. Herederos de Diego Dormer.

- BENÍTEZ MONTERO, Juan (1678), *Sermón que predicó Don Juan Benítez Montero, deán y canónigo de la Santa Iglesia Apostólica y Metropolitana de Granada, predicador de su Majestad y Calificador de la Suprema el día 17 de septiembre de 1678 en las honras del señor rey Don Phelipe IV el Grande*, Madrid, ed. Julián de Paredes.
- GUERRA Y RIBERA, Manuel (1671), *Sermones que se predicaron al serenísimo Señor, el Señor D. Juan de Austria, en su capilla de Palacio en los años de 1670 y 1671*, Zaragoza, imp. Juan de Ibar.
- GUERRA Y RIBERA, Manuel (1677), *Sermones varios de santos dedicados al serenísimo señor, el señor Don Juan de Austria*, Madrid, imp. Juan Paredes.
- GUERRA Y RIBERA, Manuel (1691), *Ave María. Oraciones varias consagradas a María Nuestra Señora, madre de Dios, predicadas a la Católica Magestad de Carlos Segundo, Rey de las Españas y Emperador de la América*, Madrid, imp. Antonio Román.
- LUDEÑA, Juan (1675), *Sermón de los siete dolores de María Santísima Nuestra Señora en el viernes del Concilio*, Madrid, imp. Antonio Francisco de Zafra.
- RODRÍGUEZ CORONEL, Juan (1694), *Sermones exhortatorios y de Cuaresma*, Madrid, imp. Juan García Infanzón.
- RUBIO, Francisco (1677), *Threno sacro, oración fúnebre panegírica, en las honras y piadosos manes del potentísimo rey de las Españas y monarca de ambos mundos, el señor Phelipe Quarto el Grande, el Católico, el Piadoso que reina ya en el Cielo*, Madrid.
- RUBIO, Francisco (1678), *Sermón de Nuestra Señora del Milagro, sagrada traslación a la nueva capilla que le mandó fabricar la especial devoción de Su Alteza, el serenísimo señor Don Ioan de Austria en el Santuario de las señoras religiosas descalzas*, Madrid.

